13

Víctor M. del Pozo

13

Bohodón Ediciones

13

Primera edición: septiembre de 2026
© De la obra: Víctor M. del Pozo
© De la cubierta: Tayete

© Bohodón EdicionesTM S.L.
www.bohodon.es
Avenida Ensanche de Vallecas 42
28051, Madrid
e-mail: ediciones@bohodon.es

ISBN-13: 979-13-87719-72-2
ISBN E-book: 979-13-87719-73-9
Depósito legal: M-18261-2026

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

A Sara, por ser esa mitad de mí
sin la que nunca habría llegado a ser quien soy.

A Alfonso, por enseñarme el verdadero significado de amar.

PRÓLOGO

Madrid, lunes 16 de octubre de 2025

Llovía, aunque no de manera intensa. El limpiaparabrisas del viejo Volkswagen Passat emitía un hipnótico siseo con cada barrido, desalojando el agua que caía sobre el cristal. El mal tiempo había disuadido a la mayoría de los ciudadanos de salir de sus casas, y las calles estaban desiertas. El tráfico, en cambio, se había intensificado.

Mientras avanzaba por un paseo de Recoletos congestionado por la lluvia, Ernesto Matamoros escuchaba las noticias en la radio.

—Y vamos con una última hora —decía el locutor—. La presidenta de la Comunidad de Madrid, en presencia del alcalde y del jefe de la Policía Nacional, ha convocado una rueda de prensa extraordinaria para informar sobre el estado de la investigación de las trece menores desaparecidas en Madrid.

El locutor dejó de hablar para dar paso a una grabación de la rueda de prensa.

—En estos momentos tenemos a todos los efectivos de la policía, tanto nacional como local, trabajando juntos para intentar dar con el paradero de las adolescentes —anunció la presidenta—. La Guardia Civil se ha incorporado esta tarde al operativo para cubrir las zonas rurales. Por el momento, es todo lo que puedo contaros.

—¿Qué les diría a los padres de esas chicas? —preguntó un periodista cuando llegó el turno de preguntas.

—Que tengan paciencia. Puedo asegurarles que las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado harán todo lo posible por devolverles a sus hijas sanas y salvas, pero deben darles tiempo y dejarles trabajar.

—¿Y al resto de familias? —quiso saber una joven reportera—. ¿Es consciente de que muchas han decidido no llevar a sus hijas hoy a clase por miedo a que les pase algo?

—No hay que caer en el alarmismo. Desde esta mañana, la Policía Local está vigilando las entradas y salidas de los colegios e institutos para evitar que haya más desapariciones.

Malhumorado, Ernesto apagó la radio. La prensa solo hablaba de las muchachas desaparecidas; daba igual que encendiera la televisión, entrara en internet, pusiera la radio o comprara una edición impresa del periódico. Y eso despertaba en él una ansiedad insoportable.

Cuando llegó a su destino, el Gran Café Gijón, no encontró sitio en la puerta para aparcar. Precisó de varias vueltas para estacionar en una de las calles adyacentes. Apagó el motor, sacó su paraguas y, cinco minutos después, se encontraba en el histórico local de finales del siglo XIX.

Antes de entrar, observó su fachada clásica, en la que se alternaban el mármol y la madera que enmarcaba los grandes ventanales a través de los cuales podían verse unas elegantes cortinas rojas de terciopelo. «Este hombre me ha traído a un bar de viejos», protestó antes de adentrarse en el local.

El exterior no era más que un presagio de lo que le esperaba al cruzar la puerta: una cafetería de estilo vintage, con mesas de mármol negro en torno a las cuales se disponían sillones y taburetes tapizados con la misma tela roja de las cortinas. Las paredes estaban recubiertas con maderas nobles de color oscuro, de las que pendían multitud de cuadros y fotografías de escritores, poetas o pintores, y de las que nacían unos apliques esféricos de los que emanaba la tenue luz que envolvía el lugar. «De viejos de más de cien años», se reafirmó Ernesto, consciente de que, con sus sesenta recién cumplidos, él era la persona menos indicada para hablar de juventud. Antes de que pudiera darse cuenta, se dejó envolver por la atmósfera del local, haciéndole sentir que había viajado en el tiempo hasta el Madrid de los años 40.

El Gran Café Gijón bullía de actividad. Las mesas y los taburetes de la barra estaban ocupados por una clientela mucho más joven de lo que había esperado, con una media de edad cercana a los treinta. El sonido de sus conversaciones creaba un bullicio familiar, casi reconfortante. Recorrió el local con la mirada hasta detenerse en un hombre que ocupaba una mesa junto a la ventana. Estaba solo, trabajando con su ordenador portátil. «Ahí está», decidió, acercándose a él, esquivando las mesas y sillas que encontraba por el camino.

—¿Roberto? —preguntó cuando llegó junto a él.

—Lo siento, creo que te equivocas —repuso el hombre, sin apartar la vista de la pantalla.

De pronto, un joven se incorporó en el lado opuesto de la cafetería y comenzó a saludarlo, agitando la mano.

—¡Inspector! —gritó.

Ernesto Matamoros se volvió, reconociendo a su cita. No se habían visto nunca, pues toda su relación se había realizado por WhatsApp. Había sido Roberto quien le había contactado, informándole de que tenía información muy relevante sobre el caso de las adolescentes desaparecidas. «Nos vemos a las 18 h en el Gran Café Gijón», decía su último mensaje, sin dar más indicaciones sobre cómo debía identificarlo entre tanta gente. Por fortuna, había sido él quien había terminado reconociéndole.

Cambió de dirección y se aproximó a la mesa que ocupaba Roberto, en el lado opuesto a la ventana. Cuando estuvieron cara a cara, el joven extendió una mano que Ernesto aceptó estrechar, mientras escrutaba su aspecto. Se trataba de alguien mucho más joven de lo que había imaginado en un principio. Apenas tendría veinticinco años, calculó. Tenía el pelo corto y llevaba unas gafas de pasta que le conferían un aire intelectual. Vestía un jersey gris de ochos, similar al que él mismo llevaba, y lo conjuntaba con unos vaqueros azul oscuro y unos náuticos marrones.

—¿Ernesto Matamoros? —preguntó. Él asintió. Como si quisiera asegurarse de estar ante la persona correcta, volvió a preguntar—: ¿Inspector de la Policía Nacional?

—Y supongo que tú eres Roberto Alejo, periodista de *La Voz Madrileña*.

—Será mejor que nos sentemos.

Roberto se dejó caer en el sillón y Ernesto lo imitó, ocupando la silla de enfrente. El inspector reparó en un libro de crucigramas que reposaba sobre la mesa con un bolígrafo encima.

—¿Te gustan los autodefinidos?

—Hacía tiempo que no escuchaba esa palabra —se jactó Roberto—. En realidad, soy más de crucigramas.

—No veo la diferencia.

—La hay, desde luego. Los crucigramas tienen las definiciones fuera de la cuadrícula, mientras que en los autodefinidos, al inicio de cada palabra, hay una casilla con la explicación de lo que debe ir ahí.

—Parece que sabes del tema.

—Uno de mis primeros trabajos en la redacción fue el de preparar cada día los pasatiempos que aparecían al final del periódico.

Un camarero se acercó para tomarles nota de su consumición.

—Yo voy a tomar un café con leche —pidió el joven.

—Yo otro, pero con sacarina—aclaró Ernesto, antes de volverse a Roberto—: estoy intentando cuidar la línea.

—No parece que lo necesites. ¿Cuánto pesas? ¿Setenta y cinco kilos?

—Más bien ochenta —confesó Matamoros, antes de reconducir la conversación—. Espero que comprendas la urgencia de la situación: han desaparecido trece chicas de trece años de forma misteriosa. Como inspector al cargo de la investigación, cada segundo perdido aumenta la posibilidad de que algo malo les pase. Así que vayamos al grano: ¿qué es eso tan importante que querías enseñarme?

El camarero regresó con los dos cafés sobre una bandeja de aluminio y los depositó sobre la mesa, junto con la cuenta. Ernesto la tomó y buscó con la mirada el importe a pagar. «¿Dos cafés nueve con ochenta? ¡Qué barbaridad!», pensó, escandalizado. Sacó su cartera y puso un billete de diez euros junto con la cuenta.

—Si te he hecho venir es porque creo que tengo algo que puede ayudarte a dar con su paradero —explicó el periodista.

—Tienes toda mi atención, continúa.

—Alguien me ha dejado en el buzón esto —informó, sacando de una cartera de piel un sobre marrón del tamaño de un folio que dejó sobre la mesa—. Dentro, contiene un relato.

—¿Un relato?

—Sí, un relato. Un cuento para adultos. Una historia breve.

—Ya sé lo que es un relato, pero ¿qué tiene que ver esto con las jóvenes desaparecidas?

—Sospecho que quien me lo entregó tiene la intención de jugar a algún tipo de juego macabro y que en estas páginas se encuentra alguna pista para dar con el paradero de esas chicas.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque dentro del sobre también estaba esto.

Roberto puso sobre la mesa una hoja de papel doblada a la mitad. Ernesto cogió el papel y lo abrió, encontrando un pequeño texto escrito a ordenador que al inspector le recordó a un acertijo: «Trece estrellas se desprendieron del firmamento en medio de la noche y cayeron en la oscuridad perpetua, sin dejar rastro de su luz. Trece experiencias pasadas, con trece verdades ocultas, ocuparon su lugar. Solo cuando la última sea leída, el camino se revelará y las trece estrellas volverán a brillar en el cielo».

—¿Qué mierda es esto? —protestó. Pero antes de que Roberto pudiera responderle, añadió—: Nada de esto puede salir de aquí. Y si quien te ha entregado esta historia vuelve a ponerse en contacto contigo…

—Te lo haré saber de inmediato, por supuesto. Pero, a cambio, quiero la exclusiva de este caso. Me gustaría preparar un artículo para mi periódico sobre la desaparición de las adolescentes y su rescate, si es que siguen vivas. Eso me valdría un premio Luca de Tena.

—Nunca nada es gratis —masculló el inspector para sí, apurando su café de un trago—. Está bien, te mantendré al tanto de cuanto sucede. Pero no publiques nada hasta que el caso esté resuelto.

Los dos hombres se incorporaron y cerraron su acuerdo con un último apretón de manos. Ernesto cogió la hoja de papel, la metió dentro del sobre y abandonó la cafetería.

Al salir a la calle, regresó de forma repentina al siglo XXI, con todo su bullicio. Aún llovía, y un embotellamiento saturaba el paseo de Recoletos. Los impacientes conductores inundaban el ambiente con el estridente sonido de sus bocinas mientras, a través de sus tubos de escape, contaminaban el ya de por sí envenenado aire de Madrid. «Y esto, a pesar de la zona de bajas emisiones», se lamentó mientras conducía de regreso a comisaría.

—Necesito que le hagas llegar esto a los de la científica para que analicen las huellas —exclamó tras irrumpir en el despacho de la subinspectora Celia Hermosilla—. Pero antes, haz una copia para lectura con cuidado de no contaminarlo. Ya sabes, usa guantes. Quiero revisarlo antes de que lo examine la científica.

—Buenas tardes, Ernesto —replicó ella con sarcasmo.

—No estoy para bromas. Ninguno deberíamos estarlo hasta que aparezcan esas muchachas —protestó antes de salir del despacho.

Diez minutos después, fue Celia la que salió al encuentro de Ernesto.

—Aquí tienes —dijo tendiéndole un pequeño taco de folios grapados—. ¿Puedo preguntar de qué va todo esto?

—No.

—Así me gusta: trabajo en equipo —ironizó, abandonando el despacho.

A Ernesto le hubiera gustado compartir con ella todo lo relativo a su reunión con Roberto, pero aún era demasiado pronto. No terminaba de creer que pudiera haber una relación entre aquel relato y el secuestro de las trece adolescentes y tenía miedo de convertirse en el hazmerreír de la comisaría. Aún le pesaba no haber podido salvar a la última persona que acudió a él en busca de ayuda: un hombre llamado Raúl Ramírez, que había viajado desde

Valladolid para pedirle protección. En aquella ocasión, tampoco logró evitar la muerte de una joven llamada Sofía. Esa doble pérdida dejó una herida profunda en su confianza. Desde entonces, dudaba de sí mismo más de lo que estaba dispuesto a admitir. Por eso, decidió que antes de contar nada se aseguraría de estar siguiendo una pista correcta.

Cuando se quedó solo, cogió la copia del papel que había aparecido dentro del sobre junto con el relato y lo leyó de nuevo: «Trece estrellas se han desprendido del firmamento en medio de la noche para caer en la oscuridad, sin dejar rastro de su luz. Trece experiencias pasadas, con trece verdades ocultas, ocuparon su lugar. Solo cuando la última sea leída, el camino se revelará y las trece estrellas volverán a brillar en el cielo».

No le costó adivinar que las trece estrellas se referían a las jóvenes secuestradas. Tampoco que la experiencia pasada era el relato que sostenía entre sus dedos. ¿Significaba eso que iba a recibir trece historias? «Y cada una con algo oculto en su interior, una pista escondida que me permitirá encontrar a las chicas», comprendió.

—Trece experiencias pasadas, con trece verdades ocultas —leyó en alto, a pesar de encontrarse solo en su despacho—. Eso significa que solo puedo obtener una verdad de esta historia. ¿Pero cuál?

Tomó el relato y lo ojeó. Estaba ansioso por averiguar qué relación podría tener la historia con la desaparición de las adolescentes. Empezó a leer la primera hoja, encabezada por un nombre: Lucía. Al instante, entendió que así era como se llamaba una de las muchachas. Debajo, a modo de subtítulo, aparecía escrito: (K11: O11) (K11; O11). ¿Qué significaba aquello? ¿Tal vez unas coordenadas? ¿Quizás una combinación? Deseoso de descubrir el misterio que aquellas letras y números podían esconder, comenzó a leer la historia que sostenía entre las manos.

CAPÍTULO 1

Soria. Sábado, 14 de septiembre de 2024

La cena estaba saliendo mejor de lo que Pedro había imaginado. Tenía lugar en un restaurante caro, de esos a los que su economía no le permitía ir. Pero esa noche no tendría que pagar él, lo que le daba la oportunidad de pedir lo que deseara sin preocuparse por el precio. Se había decantado por un plato de cangrejos a la soriana, traídos del río Caracena y preparados con una salsa de tomate especial. «Exquisito», pensó mientras terminaba de chupar la cabeza de uno de los crustáceos y la depositaba en una esquina del plato. Rellenó su copa con la botella de Ribera de Duero y pegó un profundo trago. «¿Qué más se puede pedir?», se preguntó. La respuesta le vino al instante: «Buena compañía». Para él, la velada hubiera sido perfecta de haberla podido compartir con cualquier otra persona, mejor aún si se tratara de una hermosa mujer. Pues, aunque estaba paladeando la comida, había acudido a la cena más por compromiso que por placer, ya que no terminaba de encajar entre la gente de la empresa.

Miró a su alrededor, posando la mirada en cada uno de sus compañeros de trabajo, recreándose en sus embriagados rostros. El vino circulaba a raudales, y las botellas se iban sucediendo, reemplazadas por los camareros del local conforme se vaciaban. La presencia de algunos de ellos le estomagaba, aunque con la mayoría tenía una relación cordial. Se detuvo en la esquina desde la que Arturo, el gerente de la empresa, presidía la mesa. Era un hombre a la vez cercano y distante, que cuando tenía un buen día se deshacía en elogios por su trabajo en la fábrica, pero que ante el más mínimo error le echaba una bronca delante de sus compañeros, humillándolo.

Prestó atención a la conversación que se mantenía en ese momento acerca de la mezcla idónea de ingredientes para lograr la mantequilla perfecta,

típica de Soria y que su empresa comercializaba en dos modalidades: salada y dulce. «¿Acaso nadie les ha enseñado que no se debe hablar de trabajo en una cena de empresa? ¡Era la norma número dos!», pensó, recordando que la primera era no emborracharse en exceso ni hacer nada de lo que arrepentirse al día siguiente. «Para eso ya es tarde», se lamentó, divertido.

La televisión del restaurante sintonizaba el telediario, sin volumen. De la noticia de una DANA, que estaba provocando inundaciones en el norte de España, pasó a informar de las desapariciones de mujeres que se venían produciendo en Soria desde hacía unas semanas. El rótulo aclaraba que ya eran siete las mujeres desaparecidas sin dejar rastro. Para una ciudad tan pequeña, eran muchas.

Cuando acabaron de cenar, Arturo se levantó y, con la energía y determinación que lo caracterizaban, anunció:

—Vamos a algún sitio para mover el esqueleto. Esta noche somos una panda de amigos un poco carrozas que salen de fiesta. A partir del lunes volveremos a ser jefe y empleados y ya sabéis que en la fábrica no tolero tonterías. Pero esta noche, ¡no hay reglas!

Todos acogieron la propuesta con entusiasmo, menos Pedro. Nunca le gustó salir de fiesta e incluso durante su adolescencia solía ser de los primeros en irse a casa. Algunos amigos no lo veían bien y solían insistirle para que se quedara más tiempo, por lo que acabó adquiriendo la costumbre de desaparecer en mitad de la noche para evitar tener que dar explicaciones. Y eso que la noche soriana no daba mucho de sí: contaba con pocos locales y aún sería peor de no ser por los estudiantes y Erasmus que llegaban al campus Duques de Soria, perteneciente a la Universidad de Valladolid.

—Yo me voy a ir a casa. Tengo que sacar a pasear al perro; ya es mayor y su vejiga no aguanta mucho —se disculpó ante sus compañeros, consciente de que no tenía perro.

—No seas moñas, Pedro —insistió Arturo—. Tómate al menos una con nosotros y luego te vas.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero no va a poder ser. El deber me llama.

—Bueno, siento que sea así —reconoció el gerente antes de volverse al resto de sus empleados—. Y vosotros, ¿vamos o no vamos a por unos buenos copazos? Conozco un local donde los ponen de vicio.

Pedro agradeció abandonar el restaurante: nunca debería haber accedido a ir a esa cena de empresa. Si ya le costaba socializar con sus compañeros durante sus interminables turnos en la fábrica de mantequilla, una cena a su lado se le hizo eterna. Caminó hasta su coche, aparcado frente a la concatedral

de San Pedro, y dedicó una mirada hacia el edificio. Él no sabía mucho de historia: en el instituto sacaba unas notas desastrosas y abandonó los estudios antes de terminar la ESO. Tal vez por eso nunca entendió por qué la catedral se encontraba en la no tan cercana Burgo de Osma, relegando a la de Soria a la categoría de concatedral. Zanjó la cuestión concluyendo que ninguna de las dos podía competir en majestuosidad con la Almudena, enfrente del Palacio Real, creando un entorno monumental inigualable.

Madrileño de nacimiento, sentía cierta indiferencia ante todo lo relacionado con Soria. Pasar de vivir en la ciudad más grande del país a una de las más pequeñas le había resultado traumático. Echaba en falta servicios que en Madrid podía encontrar en cualquier barrio y que Soria no podía ofrecerle. Pero allí se encontraba seguro. Y eso era lo más importante para él en aquel momento.

Por fin llegó al coche, un viejo Seat Ibiza blanco que le costó arrancar un par de intentos. Tanto la batería como el motor de arranque llevaban tiempo pidiendo ser sustituidos. Comenzó a conducir hacia su casa, un chalé ubicado en una urbanización en las afueras. No fue hasta que sintió un ligero mareo que se dio cuenta de que había bebido más de lo recomendable y que, en caso de someterse a un control de alcoholemia, lo más probable era que diera positivo. «Recemos para no cruzarnos con los maderos», pensó tratando de mantener el volante del coche lo más recto posible: solo le faltaba llamar la atención haciendo eses.

No muy lejos de allí, Alicia regresaba del estadio de los Pajaritos. El Numancia había ganado por dos goles a uno al Valladolid Promesas, lo que lo clasificaba para el playoff de ascenso a Primera RFEF. Alicia sentía una gran devoción por los colores de su equipo y ansiaba retornar a los buenos tiempos en los que lo había visto militar en la Primera División, enfrentándose al Barça o al Real Madrid.

Tras el partido, tenía planeado regresar a casa y así se lo había comunicado a sus padres, pero sus amigos lograron disuadirla para que se fuera a tomar unas copas para celebrar el resultado. Horas después, una embriagada Alicia deambulaba por las solitarias y mal iluminadas calles de una urbanización del extrarradio, camino a su casa, un chalet adosado de dos plantas a pocas calles de allí. Su mayor preocupación era disimular su borrachera para evitarse así problemas con sus padres. Tal vez por eso, no se percató del peligro que se cernía sobre ella.

Mientras esperaba parado en un semáforo, Pedro la vio cruzando con torpeza por el paso de cebra. Al instante, pensó que estaba viendo un ángel.

La observó con lascivia: ojos azules, pelo rubio, largo, liso, y una expresión dulce en la cara que la hacía aparentar muchos menos años de sus dieciocho. Dirigió, excitado, su mirada hacia su cuerpo. Llevaba una ajustada camiseta del Numancia ceñida a su cuerpo, marcando unos senos perfectos, redondos y turgentes. «Es una o dos tallas menos de lo que debería, pues estas camisetas son amplias: le gusta ir provocando, eso es bueno», pensó. Bajó la vista y reparó en su ajustado pantalón vaquero que insinuaba unas nalgas perfectas.

Pedro miró a ambos lados. Estaba en una zona de la periferia, rodeado de chalés adosados por la que apenas había afluencia y las altas horas, casi rozando la madrugada, favorecían la ausencia de testigos. Bajó del vehículo y agarró a la desprevenida Alicia por la cintura. La condujo en volandas hasta la parte trasera de su Seat Ibiza, sintiendo sobre su hombro derecho el peso de la joven que no paraba de gritar y patalear, y abrió el maletero. Antes de dejarla caer dentro, le quitó el bolso y cerró el portón. No era un coche grande, por lo que a duras penas cabía en el interior del maletero. Rebuscó en el bolso hasta hallar su teléfono móvil y lo apagó para que no pudiera ser localizado antes de guardarlo en la guantera, donde empezaban a acumularse varios terminales, todos ellos apagados. La operación transcurrió en menos de treinta segundos.

La luz del semáforo estaba en verde. Aceleró a fondo, perdiéndose en la oscuridad de la noche en dirección a su chalé a las afueras de Soria, mientras, en el maletero, Alicia notaba, aterrada, cómo el vehículo se movía sin saber cuál sería su destino.

Aparcó el coche dentro de la cochera y se dirigió a una de las estanterías repletas de herramientas, de donde cogió un rollo de cinta americana. Ató las manos y piernas de Alicia y tapó su boca para evitar que gritara.

—Perdona las formas —se disculpó Pedro, con humildad—. No quería asustarte.

La muchacha no respondió. Se limitó a observarle con el pánico reflejado en sus ojos.

—¿No me dices nada? —preguntó con enfado. Entonces, cayó en la cuenta—. ¡Claro! Tienes la boca tapada. Entiéndeme, es necesario: si te lo quito, te pondrás a gritar y alertarás a los vecinos. Pero en cuanto lleguemos a tu nuevo cuarto, te lo quitaré. Está insonorizado, ¿sabes? Allí podrás gritar todo lo que quieras sin que nadie te escuche. Al principio, todas hacéis lo mismo: chillar hasta que os dais cuenta de que no sirve de nada o hasta que quedáis afónicas. Mi consejo: es mejor lo primero. Espero que seas muy feliz en esta nueva vida que te ofrezco. Ahora formas parte de algo muy especial.

Salieron del garaje y entraron en uno de los pasillos de la vivienda. De pronto, Pedro sacó su smartphone y apuntó con él a Alicia.

—Casi se me olvida —explicó avergonzado—. Tengo que hacerte una foto para imprimirla y colgarla en mi habitación, con el resto. Me ayuda a elegir cada noche.

Activó la cámara de su móvil y tomó una foto de la joven.

—Pero sonríe un poco, mujer. ¡Mira qué cara de susto! —le enseñó la imagen en la pantalla en la que aparecía con la boca tapada con cinta americana y los ojos llorosos—. Sé que no se te ve la boca, pero también se puede sonreír con los ojos, ¿sabes? ¿De verdad quieres que esta sea la foto que cuelgue en la pared?

Al ver que la mujer rompía a llorar, desistió del intento.

—Está bien, está bien. Daremos esta foto por buena.

Pedro se detuvo ante una puerta que estaba cerrada. Hurgó en su bolsillo hasta sacar una llave que introdujo en la cerradura y, tras un giro de muñeca, logró abrirla, mostrando una oscura escalera que descendía hasta el sótano. Un nauseabundo hedor a orina y heces inundó sus fosas nasales, provocándole una arcada a Alicia.

—Tú primero —ordenó.

La joven obedeció y comenzó a descender los escalones a base de pequeños saltos por culpa de la cinta americana que ataba sus piernas.

—No te preocupes por el olor: te acabarás acostumbrando —explicó Pedro cuando llegaron abajo—. Esta será tu habitación: ahora vivirás aquí.

Accionó un interruptor de la pared y una solitaria bombilla enroscada en un casquillo desnudo que colgaba de un cable del techo pasó a iluminar una estancia con paredes de ladrillo sobre el que se había colocado espuma aislante de color amarillo para insonorizarla. Alicia se obligó a contener un grito de horror al descubrir las siete jaulas para perros, de medio metro de altura y dos de largo, que se distribuían por el sótano. Una de ellas estaba vacía, pero el resto estaban ocupadas por jóvenes desnudas hechas un ovillo, ante la imposibilidad de permanecer de pie. La mayoría lloraban de terror ante la presencia de su captor.

Alicia reparó en lo diversas que eran las mujeres encerradas en las jaulas entre sí: las había morenas, castañas y pelirrojas; de procedencia europea, asiática, latina, africana… Cada una tenía características que las hacía únicas ante el resto. Entonces, comprobó que ninguna compartía sus cualidades físicas, y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Desnúdate —ordenó Pedro, soltando las ataduras de Alicia—. Y no intentes escapar: la puerta está cerrada con llave.

De forma mecánica, la joven se desprendió de sus vestimentas hasta quedarse en ropa interior.

—También las bragas y el sujetador —insistió Pedro. Cuando Alicia estuvo desnuda, le señaló la única jaula que se encontraba vacía—. Este será tu nuevo hogar.

Al ver que ella comenzaba a balbucear, Pedro decidió quitarle la cinta americana para que pudiera expresarse.

—¡Por favor, no me encierres ahí dentro! —exclamó, sollozando con una mezcla de incredulidad y terror—. ¡Tengo claustrofobia!

—Te meterás en la jaula, como el resto. Aquí es donde vivís. Y todas sois felices, ¿verdad? —Desde sus jaulas, las mujeres asintieron, sin demasiada convicción.

—¿Y si necesito ir al baño? —preguntó Alicia.

—Si tienes que hacer tus necesidades, las haces en la jaula, como el resto. Pero no te preocupes, todas las mañanas las limpio y también a vosotras con esa manguera de ahí. El agua está un poco fría, pero te acabarás acostumbrando.

—¡Estás loco! —gritó la joven.

—¿Quieres meterte dentro de la jaula? —vociferó Pedro, empezando a enfadarse. La muchacha obedeció y Pedro la cerró con un grueso candado—. El desayuno es después de la ducha. A mediodía la comida y por la noche la cena. Lamento no tener una vajilla mejor, pero para estos casos, los comederos de perro son perfectos. No te faltará de nada. A ninguna os falta de nada, ¿verdad?

Todas las mujeres asintieron con pavor desde sus jaulas.

—Y ahora me voy. Tengo que preparar la habitación: eres la nueva, esta noche serás la elegida. ¡Es todo un privilegio!

Pedro apagó la luz, dejándolas sumidas en la oscuridad, subió las escaleras y salió del sótano, volviendo a cerrar la puerta con llave. Se dirigió a su habitación, encendió el ordenador e imprimió el retrato de Alicia en tamaño A4 y lo colgó con una chincheta en una corchera que tenía con las fotos de todas las mujeres que tenía en el sótano. Eran sus chicas. Su harén particular, entre las que escoger cada noche con quién acostarse.

Desde joven había sentido gran admiración por aquellos jeques árabes que disponían de multitud de concubinas con las que tener sexo cada noche. Con un pasado plagado de fracasos sentimentales, pronto entendió que el amor no era algo diseñado para él. Su sobrepeso había tenido gran parte de la culpa. Por eso, poco a poco, la idea de construirse su propio séquito fue tomando forma en su mente.

Le gustaba pensar que había nacido en una ciudad con raíces árabes, ya que de no ser por la reconquista cristiana Madrid seguiría siendo *Mayrit*. Se trasladó a Soria para empezar una nueva vida, tras cumplir condena por la violación de una joven. Esperaba que allí, con un pequeño cambio de imagen, nadie lo reconociera. Se buscó una nueva identidad, pues su verdadero nombre era Francisco, y encontró trabajo en una fábrica de mantequillas. ¡Incluso se hizo socio del Numancia! Todo para tratar de parecer un soriano más. Pero, a pesar de su aspecto europeo, sentía que por sus venas corría sangre árabe.

Insonorizó el sótano de su chalé, compró jaulas para perros y empezó a salir por las noches para capturar mujeres con las que ir llenándolas. Cuando quiso darse cuenta, tenía su propio harén con el que saciar sus impulsos sexuales.

En el sótano, Alicia lloraba desconsolada en medio de la oscuridad, temblando con una mezcla de frío y miedo. Unas horas antes se encontraba en el estadio de los Pajaritos, celebrando con sus amigos la victoria del Numancia. ¿Por qué no se habría ido a casa al terminar el partido?

—No adelantarás nada con esa actitud —le reprendió una de las mujeres—. Te daré un consejo: si quieres sobrevivir, debes ser fuerte y hacer todo lo que él te pida.

—Deja a la chica —repuso otra de las prisioneras—. Tú estabas igual de asustada cuando llegaste aquí hace unas semanas. Me llamo Cinthya, y antes de estar aquí, trabajaba de administrativa en un almacén de papelería. Tenía novio, nos íbamos a casar, pero de eso ya hace mucho tiempo. ¿Cuál es tu nombre?

—A… Alicia —dijo, sorbiéndose los mocos.

—Lamento decirte, Alicia, que has recabado en el infierno. Pero tranquila, la capacidad de adaptación del ser humano es increíble y terminarás acostumbrándote a complacer a ese puto loco para tenerle contento. Se trata de sobrevivir. Te presentaré al resto. Hasta hace poco éramos siete, pero… bueno, mejor eso te lo cuento en otro momento. El caso es que contigo volvemos a ser siete. Su harén, como él lo llama, está de nuevo completo. El resto son Julia, María la ecuatoriana, hay varias chicas extranjeras que no hablan nuestro idioma. Una de ellas creo que es sueca y no entendemos muy bien su nombre, pero debe ser algo así como Eva. Luego está Misuki, que es una erasmus japonesa y chapurrea algo de español, y Nala, que, por el color de su piel, creemos que es africana, aunque también podría ser sudamericana, pero lo dudo, ya que no habla ni papa de castellano.

—¿Qué me va a pasar? —quiso saber Alicia, ignorando las presentaciones. La oscuridad era total y no podía ver nada.

—Hoy eres la novedad. Te atará de pies y manos para que no intentes nada y te llevará a la habitación árabe. Allí te violará hasta correrse; luego te traerá aquí de vuelta. Siento la dureza de mis palabras, pero es así. Te aconsejo que colabores. Será lo mejor para ti.

—¿Usará preservativo? —se sorprendió preguntando Alicia.

—¿Ese tío usar condón? Ni lo sueñes. Para él somos mercancía. No tiene ninguna deferencia hacia nosotras, aunque tenemos la teoría de que ese pichacorta es estéril. Si no, a estas alturas ya habría dejado embarazada a alguna.

Alicia contuvo un grito de terror.

—¿Va a ser así todas las noches?

—Eso depende de lo que se enchoche contigo. Cada noche elige a una, pero, por ejemplo, cuando llegó Mariola, la subió todos los días durante una semana. Luego se cansó de ella y apenas la eligió un par de veces.

—No me has presentado a ninguna Mariola —afirmó Alicia.

—Como bien te dije, antes de tu llegada éramos siete… No quieras saber más.

La puerta del sótano se abrió y, en medio de la oscuridad, escucharon los pasos del hombre conforme iba descendiendo despacio. La luz se encendió y Alicia pudo ver a Pedro. Vestía una chilaba de estilo árabe, aunque se notaba por la calidad de los tejidos que era más un mal disfraz que una prenda auténtica.

—Veamos lo que eres capaz de hacer —dijo esbozando una amplia sonrisa.

Abrió la jaula de Alicia y la ató brazos y piernas con la cinta americana. La condujo a empujones hasta la planta superior, donde se encontraba la habitación árabe. Al verla, comprendió por qué sus compañeras la llamaban así. Estaba decorada como una jaima, y como único mobiliario tenía un mugriento colchón en mitad de la estancia y un jarrón que a ella le recordó a los que había visto en el Gran Bazar de Estambul.

Alicia jamás sería capaz de olvidar lo que sucedió después. Pedro la obligó a tenderse sobre el colchón y se tumbó sobre ella, aplastándola con su prominente barriga. Después, comenzó a penetrarla.

—Si no colaboras, será peor para ti —le explicó Pedro, provocando el llanto de la joven.

Apenas cinco minutos después, Pedro alcanzó el orgasmo. Se volvió a colocar la chilaba antes de encerrar de nuevo a Alicia en la jaula. Cuando el

sótano quedó de nuevo a oscuras, la joven comenzó a llorar con más intensidad. Le dolía la vagina y se sentía sucia, consciente de que tenía el semen de Pedro en su interior. Se hizo un ovillo en el suelo y permaneció llorando hasta quedar dormida. La despertó un frío chorro de agua. Abrió los ojos y se encontró a Pedro limpiando con la manguera a las que él llamaba sus concubinas.

—Es la hora del baño —anunció—. Hay que limpiaros bien y eliminar cualquier resto de heces y orina de las jaulas. La higiene es muy importante para que no enferméis.

Después del baño, empapada y tiritando de frío, Alicia recibió su desayuno en dos comederos para perros. En uno de ellos había un líquido blanquecino que parecía ser leche y, en el otro, una masa marrón pastosa cuyo olor le pareció repugnante. Miró a sus compañeras y vio que todas tenían desayunos similares; sin embargo, acostumbradas, daban buena cuenta de la comida.

—¿Qué es esto? —preguntó asqueada.

—Croquetas de perro. Llevamos semanas comiendo esto cada día. A veces de pollo, a veces de ternera —dijo Elvira—. Al principio da un poco de asco, pero créeme, acabas pillándole el punto y está hasta sabroso. Tenemos la teoría de que el sueldo de este mamón no da para alimentarnos a todas y por eso nos da comida de perro, que es más barata.

—El problema está —explicó Cinthya— en que a base de croquetas de perro no se puede resistir mucho tiempo. Unas semanas tal vez, pero no mucho más. Pronto empezaremos a notar las consecuencias de la mala alimentación.

—Si es que no nos mata él antes —murmuró ver Elvira.

—¡No digas eso! —la reprendió Cinthya.

—Tenemos que salir de aquí —concluyó Alicia en vista de la situación.

—Vaya, la nueva cree que acaba de tener la idea del siglo —ironizó Cinthya—. ¿Te crees que no lo hemos pensado todo? ¿Qué crees que le pasó a Mariola? Estamos atrapadas y no hay forma de escapar. Las jaulas están cerradas con candado y solo nos sacan de una en una y con las extremidades atadas. La habitación está insonorizada y, aunque lográramos escapar, la puerta del sótano seguiría cerrada con llave. Asúmelo: es imposible escapar.

Alicia comenzó a llorar con más fuerza.

Ajeno al sufrimiento de la joven, el inspector Moreno revisaba la documentación del caso en su despacho de la comisaría de la Policía Nacional de Soria. Estaba convencido de que no dejarían de desaparecer mujeres hasta

que no atraparan al culpable. Y, aunque trataba de mostrar optimismo ante las familias de las víctimas, algo le decía que estaban muertas y se sentía más tentado de iniciar la búsqueda de los cadáveres por los bosques cercanos a la ciudad que de tratar de seguir dando palos de ciego en una investigación que no parecía arrojar ningún dato. «Al menos, si aparecieran los cuerpos, las autopsias nos dirían algo: restos de piel en las uñas, de semen, algún vello púbico masculino… algo que permitiera identificar al criminal».

De pronto, la subinspectora Estefanía irrumpió en su despacho victoriosa:

—Tenemos algo sobre el secuestrador de mujeres —dijo con evidente entusiasmo.

—¿El qué?

—Hemos comprobado la ruta que Alicia, la última desaparecida, hizo desde la discoteca en la que estuvo con sus amigos hasta que se perdió la señal de su móvil, en una urbanización de chalés de las afueras. Y tras revisar las cámaras de la zona, partiendo de la propia discoteca, *¡voilà!* Una de las cámaras de tráfico muestra cómo un hombre se baja en un semáforo y la mete a la fuerza en el maletero de un Seat Ibiza blanco.

—¿Matrícula?

—Imposible saberlo dada la resolución de la cámara, la altura a la que está instalada y a que estaba funcionando con luz infrarroja porque era de noche. Tan solo vemos un borrón blanco donde deberían estar los números y letras de la matrícula.

—¿Se puede seguir el coche al menos hasta algún barrio, vivienda, descampado…?

—Me temo que no. Aunque seguimos buscando, parece que no hay muchas más cámaras entre el punto del secuestro y el lugar donde llevó a la chica. El rastro se pierde pocos metros después. Pero me he puesto en contacto con Tráfico. Estamos buscando un modelo un poco antiguo, fabricado entre 2002 y 2008, pero que fue muy popular en su tiempo. Actualmente hay alrededor de cien matriculados en Soria.

—¿Cien? ¿Y qué es lo que sugieres, qué vayamos casa por casa visitando a esas cien personas para preguntarles si son unos secuestradores de mujeres? —protestó el inspector Moreno, malhumorado.

—No he terminado. De esos cien coches, solo veintisiete son blancos. Y no olvides que muchos estarán a nombre de gente joven, mujeres, ancianos… eso reduce el cupo, pues en las imágenes tenemos un perfil del secuestrador.

—Por fin algo interesante. ¿Y cómo es el hombre que buscamos? —preguntó el inspector Moreno con renacido interés.

—Se trata de un varón de mediana edad, con el pelo largo, barba y algo de sobrepeso.

—Vamos, un gordo con barba y melenas —sentenció Moreno.

—No quería decirlo de este modo, pero sí.

—Supongo que no tenemos su cara.

—Supones bien. Ya te he dicho que las imágenes son bastante borrosas. Nos ha costado hasta reconocer el modelo del vehículo.

—¡Por fin tenemos algo! Aunque no sea mucho —se vio obligado a reconocer el inspector—. Buen trabajo.

Pedro acudía a la fábrica cada madrugada a ocupar su puesto como operario en una cadena de botón parado. Durante las ocho horas que duraba su turno, tenía que pulsar un botón para que el robot tomara un poco de masa de mantequilla y lo colocara en uno de los envases de plástico. Disponía de unos segundos para cerciorarse de que la operación se había realizado de forma correcta antes de volver a pulsar el botón para que la tarrina de mantequilla se marchara por una cinta transportadora y le llegara un nuevo envase vacío con el que repetir el proceso de llenado. «Es un trabajo para volverte loco», solía pensar a menudo. «Menos mal que tengo mi harén. Sin él no sería capaz de soportar esta mierda de empleo».

Recordó su infancia, en casa de su tío Heliodoro, quien lo acogió tras la trágica muerte de sus padres en un accidente de tráfico cuando él tenía solo nueve años. Un camión arrolló el coche de sus padres y él perdió a su familia y, con ella, un hogar lleno de amor y cariño. Rememoró el sonido de su verdadero nombre, Francisco, aunque todos le llamaban Paquito. Solo le quedaba su tío, el hermano de su padre, con el que apenas tenían relación. Desde el principio, Heliodoro le dejó claro que solo se hacía cargo de él por la pensión que recibía por adoptarlo, y nunca le mostró afecto alguno. Al contrario, cada vez que Paquito se portaba mal, su tío se quitaba el cinturón y le golpeaba con la hebilla en la espalda, hasta hacerlo sangrar.

—Así fue como mi padre me educó a mí, y como mi abuelo le educó a él antes. Y así es como se debe educar a un joven como tú —solía decirle.

Pedro recordaba el día en el que, siendo adolescente, su tío le encontró una revista pornográfica escondida en el doble fondo de un cajón de su mesilla.

—¿Qué es esto? —preguntó enfadado, mientras se desabrochaba el cinturón, preparándose para descargar su rabia contra el muchacho con la hebilla del cinturón.

—No es mía. Me la ha dejado un amigo —se defendió, sabiendo que nada podría evitar la golpiza que estaba por venir.

—¡Eres un insensato! ¿No entiendes que si te masturbas terminarás quedándote ciego? Si quieres follar, tendrás que casarte, como todo el mundo.

—O si no, puedo hacer como tú y gastarme la paga en putas —le reprochó su sobrino—. Pero luego no hay dinero para comprar comida en condiciones y tenemos que comer todos los días esas asquerosas latas de conserva.

Su tío, al igual que Francisco, no era una persona atractiva, por lo que nunca había tenido pareja. Pero él había decidido compensar la falta de sexo frecuentando burdeles, algo que normalizaba y no se molestaba en ocultar:

—El sexo es una necesidad fisiológica. De alguna manera, tendré que desfogarme —solía decir a amigos y conocidos justo antes de empezar a relatar cómo había sido su última experiencia sexual, describiendo con todo lujo de detalles tanto las características físicas de la muchacha con la que se había acostado por dinero como las humillaciones a las que la había sometido.

Pero una cosa era hablar del tema con sus amigos y otra bien distinta consentir que su sobrino se lo reprochara. La acusación de Francisco terminó por enfadarlo más y, cinturón en mano, se enfrentó al adolescente. Pero a sus quince años, Francisco era más fuerte que su envejecido tío, por lo que, cansado de las frecuentes palizas, esta vez decidió enfrentarse a él. Le agarró de la camisa justo cuando este iba a golpearlo con el cinturón y, haciendo uso de toda su fuerza, lo levantó unos segundos del suelo, observando, con placer, el pánico en sus ojos. Por primera vez en su vida, no sintió miedo, sino poder y comprendió que, a partir de ese momento, su tío se lo pensaría dos veces antes de volver a ponerle la mano encima.

—No vuelvas a golpearme jamás, ¿entiendes? ¡Jamás! —gritó Francisco, mientras aún mantenía a su tío con los pies elevados del suelo.

Asustado, Heliodoro asintió. Había entendido el mensaje: no más palizas. Francisco ya no era un niño al que manejar a base de amenazas o golpes. Si quería controlarlo, tendría que encontrar otro modo.

Francisco dejó a Heliodoro en el suelo y le dio un fuerte empujón con todas sus fuerzas. Esperaba que su tío no le pusiera la mano encima de nuevo. Se acabaron las palizas y los golpes en la espalda con el cinturón. A partir de ese momento, la fuerza que le otorgaba la juventud le daría una ventaja frente a su tío, cada vez más anciano, lo que imponía un cambio de rol en la casa. Desde ese momento, mandaba él.

Pero el empujón hizo perder el equilibrio a Heliodoro, que se tambaleó hasta llegar a la ventana de la habitación, que se encontraba abierta. Francisco se dejó

llevar por la rabia contenida. Se abalanzó sobre su confundido tío, empujándolo por la ventana. Heliodoro se precipitó al vacío, cayendo desde un quinto piso con un sonoro estruendo. La investigación policial dictaminó que se había suicidado, tal vez por no soportar las cargas económicas y las enormes deudas que acumulaba por culpa de su escasa pensión.

De pronto, Francisco se vio con solo quince años, siendo el propietario del piso de su tío, en un barrio obrero de Madrid. Años después, tras salir de prisión, lo vendió para empezar una nueva vida en Soria, cambiando su identidad por la de Pedro para que nadie pudiera reconocerlo ni relacionarlo con sus delitos pasados, decidido a no volver a ser Francisco nunca más.

Con el dinero del piso se compró el chalé a las afueras, con la idea en mente de crear allí su harén. Si las mujeres decidían rechazarlo, al igual que a su tío, él no gastaría sus ahorros en prostitutas. No lo necesitaba porque había encontrado la forma de tener sexo gratis con quien quisiera siempre que le apeteciera.

La idea no surgió de forma espontánea. La inspiración le llegó durante un viaje a Marruecos, el único al extranjero que había realizado en su vida. Allí entró en contacto con la cultura musulmana, quedando fascinado durante las pocas ocasiones en las que se cruzó con un jeque seguido de algunas de sus concubinas.

De vuelta en Madrid, trató de poner en marcha su harén de forma precipitada e improvisada, secuestrando a una primera víctima, una joven que regresaba a casa por la noche cerca de Lavapiés. Pero, cuando la metió en el interior del maletero de su coche, comprendió que no había pensado qué hacer con ella. Decidió llevarla a su piso, rezando porque ningún vecino le sorprendiera metiendo a la joven amordazada en el ascensor. El que fuera el piso de Heliodoro no estaba preparado para las ambiciones de Pedro y tuvo que contentarse con encerrarla en una habitación, donde la violó reiteradas veces.

Una semana después, cuando le llevó la comida, la chica le arrojó la bandeja encima y, salió corriendo. Francisco salió tras ella, pero la joven logró escapar, revelando a la policía todas las vejaciones a las que había estado sometida durante su encierro.

Su primer intento de construir un harén se había visto frustrado y la consumación de ese fracaso llegó tras su detención por la Policía Nacional. Durante su estancia en prisión, lejos de mostrar arrepentimiento, se dedicó a pensar nuevas formas de llevar a cabo su proyecto con éxito. Dispuso de demasiado tiempo para idear cómo sería el harén que construiría tras su libertad.

Mientras Soria se llenaba de carteles con las fotos de las mujeres desaparecidas, el comisario Moreno tenía la impresión de que apenas avanzaba en su investigación. El tiempo pasaba y el riesgo de que se produjera un nuevo secuestro era cada vez mayor. La población empezaba a impacientarse y a exigir resultados. Eso le llevó a tomar una de las decisiones más difíciles de su vida: si quería atrapar al hombre del coche blanco, tendría que hacer algo por lo que podrían expulsarlo del cuerpo. «Una sola vida lo merece», intentó justificarse mientras esperaba a que apareciera su equipo para comunicarles el plan.

Los siguientes días pasaron lentos para Alicia. Sumida en una oscuridad total, pronto perdió la noción del día y la noche o de qué día de la semana era. Las duchas diarias se sucedían unas a otras, y las comidas servidas en comederos para perros se volvieron tolerables. Pero lo más aterrador era tener que soportar cómo Pedro aparecía y se llevaba a una de ellas para satisfacer sus deseos sexuales. En esos momentos, Alicia se preguntaba cuándo le llegaría de nuevo el turno a ella. Parecía ir librándose, pero sabía que pronto llegaría el momento, y solo de pensarlo sentía náuseas.

Una noche en la que Pedro escogió a la mujer sueca cuyo nombre no era Eva sino Ebba, cuando retiró el candado de la jaula y abrió la puerta, ella le pegó una fuerte patada en los genitales y salió de la jaula, vitoreada por sus compañeras, que vieron una esperanza de escapar de aquella pesadilla. Subió los peldaños de dos en dos hasta llegar a la puerta de arriba, accionó el pomo, pero no logró abrir la puerta: estaba cerrada con llave, tal y como él había anunciado tantas veces.

—Nadie sale de aquí sin mi consentimiento —gritó Pedro, abalanzándose sobre ella.

—*Hjälp! Hjälp!* —gritó la muchacha, pidiendo ayuda en su idioma.

—Jal mis cojones —repitió Pedro, agarrándola del pelo y empujándola escaleras abajo—. No se intenta escapar. Ninguna de vosotras va a salir de aquí, a menos que yo lo diga. Es una pena: me daba mucho morbo tener a una sueca en mi harén. Y hoy me apetecía follarte hasta dejarte el coño escocido.

La arrojó al suelo y descargó con violencia una patada contra la cabeza de la joven. Esta se quejó de dolor, aturdida por el golpe, mientras en la cara aparecían algunos cardenales y la sangre empezaba a manar de las heridas. Pedro descargó un nuevo golpe sobre su cabeza. Y después, un tercero. Hasta lograr terminar con su vida, dejando su cara deformada e irreconocible. Un silencio mudo de adueñó del sótano.

—Si alguna más intenta escapar, correrá la misma suerte —gritó malhumorado, llevándose el cuerpo sin vida a rastras por las escaleras y dejando en el suelo un charco de sangre como mudo testigo de lo sucedido.

Durante los días siguientes, Pedro no apareció. No hubo duchas de agua fría. Tampoco comida, ni nada que beber. Alicia llegó a creer, esperanzada, que lo habían apresado y que pronto irían a rescatarlas, pero con el paso del tiempo, se convenció de que había decidido dejarlas morir de inanición. El hambre se llevaba mal, pero la sed… tenía la garganta reseca y los labios se le habían cuarteado.

—¿Había sucedido esto antes? —preguntó a sus compañeras de condena.

—¿Dejarnos sin comida? —repuso Cinthya—. No, esto es nuevo. Tal vez le haya pasado algo. Quizás el puto gordo de mierda ha sufrido un infarto, ha muerto y ahora se está descomponiendo junto a la nevera.

—Si ha pasado eso —señaló Alicia—, estamos condenadas.

—Mejor morir que seguir viviendo así, ¿no crees? Pero, si tienes sed, puedes beberte tu orina: dicen que ayuda a mantenerse hidratado durante días.

—¡Eso es asqueroso! —protestó María, con la voz ronca a causa de la sed.

—¿Qué quieres que te diga? Los astronautas lo hacen.

—Sí, pero ellos la pasan antes por un filtro para volver a convertirla en agua, eliminando las sustancias tóxicas.

La idea repugnaba tanto a Alicia que decidió que era mejor morir de sed a verse obligada a beber su propia orina. Aunque, desde su secuestro, todo cuanto la rodeaba era hediondo y asqueroso. Algo inhumano, más propio de animales. «No. Ni siquiera los animales merecen semejante trato», concluyó.

Al día siguiente, la puerta del desván se abrió. Pero Alicia no sintió alivio. El sonido de los pasos de Pedro mientras descendía los escalones le provocó un escalofrío. Encendió la luz y se acercó a su jaula. Llevaba su característica chilaba árabe.

—Esta noche, la elegida eres tú —anunció a Alicia mientras abría su jaula y la amordazaba con cinta americana.

—Tengo sed —suplicó ella.

—Te daré de beber luego, si te portas bien.

La condujo a empujones hasta su habitación del sexo en la planta superior, donde tenía instalada su jaima. Alicia iba tambaleándose, debilitada a causa del hambre y la sed. La obligó a tumbarse sobre la cama desnuda y se

levantó la chilaba, y descubriendo su miembro erecto. Ante la expectativa de volver a ser violada de nuevo, comenzó a llorar en silencio. Mientras las lágrimas empapaban sus mejillas, sus manos forcejeaban con sus ataduras, en un intento de liberarse. Para su sorpresa, lo logró. Pedro había cometido el descuido de dejarlas demasiado flojas, lo que le daba una oportunidad única de escapar. Buscó cualquier objeto a su alrededor con el que poder defenderse hasta reparar en el jarrón de estilo árabe que había junto al colchón. Esperó a que Pedro se abalanzara sobre ella para agarrarlo y golpear con él la cabeza de Pedro, quien cayó tendido sobre la cama, inconsciente.

Sabía que no tenía tiempo que perder. Liberó sus pies de la cinta americana con la que Pedro la había atado a los extremos del colchón, con las piernas abiertas, y abandonó la habitación. Se encontraba demasiado débil, tras varios días sin comer y sin beber, pero era su única oportunidad y debía intentarlo.

La mayoría de las habitaciones del chalet parecían estar cerradas con llave. ¿Qué clase de loco vivía en un búnker lleno de cerraduras?, se preguntó. Abrió la única puerta que no estaba bloqueada: un armario empotrado en cuyo interior encontró los cuerpos desnudos de dos mujeres en avanzado estado de descomposición. Alicia ahogó un grito al reconocer en una de ellas a Ebba. La otra, dedujo, debía ser Mariola.

—Ellas, al igual que tú, se creyeron demasiado listas. No vieron el privilegio que se les estaba otorgando y no quisieron formar parte de mi harén. Tuve que deshacerme de ellas —escuchó decir a su espalda.

Se volvió. Pedro se estaba incorporando. Tenía una brecha en la cabeza por la que manaba abundante sangre, pero parecía no darle importancia.

—¿Vas a matarme? —inquirió Alicia.

—Debería, al igual que hice con ellas. Pero me gustas. Me pones muy cachondo. Eres la única mujer de mi harén rubia y con los ojos azules. Sería un necio si me deshiciera de ti. Así que te daré una oportunidad más. Pero no te pases de lista si no quieres acabar en el armario.

Pedro no tuvo sexo con Alicia aquella noche. Se le habían pasado las ganas. Devolvió a la joven a su jaula y la abandonó en el sótano. Como castigo, privó a todas las mujeres de agua y comida un día más.

De repente, sintió unas ganas enormes de salir en busca de sangre nueva con la que ampliar su harén. Tras la muerte de Ebba, volvía a tener una jaula libre. Y esa noche aprovecharía para llenarla de nuevo. Curó la brecha de la cabeza como pudo y se engalanó para la ocasión antes de salir de casa.

Al llegar a su coche, lo miró con una mezcla de pena y asco. Si había prescindido de visitar su harén durante varios días, dejando a las que él consideraba sus concubinas al borde de la deshidratación, estuvo motivada por algo que vio en el telediario. La noticia afirmaba que la policía estaba cerrando el cerco al secuestrador de mujeres de Soria, del que se sabía que vivía al sur de la ciudad y que conducía un Seat Ibiza blanco. Incluso conocían su aspecto físico, gracias a un vídeo captado por cámaras de tráfico. La noticia le hizo entender que necesitaba deshacerse de su viejo coche lo antes posible. Tras varias llamadas, pactó la desaparición del vehículo con un gitano que regentaba un desguace. Le entregó a cambio un Renault 5 azul de finales de los setenta. Entregar su Seat Ibiza le costó más de lo que había imaginado: lo compró al salir de la cárcel y para él representaba su nueva vida. Y, desde entonces, siempre lo había acompañado allá a donde había ido. Pero sabía que eso no era suficiente. Antes de entregar las llaves de su coche, se había situado frente al espejo del baño y, tijeras en mano, se había despedido de su amada melena.

Se cansó de observar el Renault 5, convencido de que había salido perdiendo con el cambio. Pero sabía que su rápida gestión podría salvarle de volver a la cárcel. «Es algo temporal: cuando pase la tormenta, me compraré un coche mejor».

Mientras tanto, el operativo para localizar al dueño del Seat Ibiza blanco no cesaba. Mañana, tarde y noche se patrullaban las calles, se hacían controles y se revisaban las cámaras de tráfico en busca de cualquier pista.

Ignorante de que la policía le buscaba, Pedro se dirigió a un lugar al que llevaba tiempo con la idea de ir. Aparcó en un lateral de la alameda de Cervantes, un hermoso jardín romántico ubicado en el centro de la ciudad. El motor del Renault 5 azul emitió un estridente sonido metálico antes de apagarse. Bajó del coche y se internó en el parque, en busca de la víctima perfecta. Era tarde, pero no lo suficiente como para que no quedara alguien dentro. Se sentó en un banco y esperó su oportunidad, mientras veía pasar a jóvenes solitarias haciendo running provistas de deportivas, mallas y top. Todas eran candidatas para él, pero una pareja de adolescentes escogió un banco cercano al suyo para enrollarse mientras el muchacho intentaba meter mano a la chica hasta donde ella le permitía.

Decidió cambiarse a un banco más solitario, protegido por la vegetación. Desde allí podía seguir observando a las corredoras que pasaban. Sin embargo, el tiempo pasaba y ninguna terminaba de gustarle: la que no le parecía demasiado gorda, le parecía demasiado delgada, fea o demasiado vieja…

hasta que sucedió algo imprevisto: una mujer se sentó en el banco, junto a él. No era guapa, pero intentaba disimularlo con varias capas de maquillaje. Además, era muy atractiva y compensaba su falta de belleza con un cuerpo seductor. Vestía una corta falda de tubo negra y una blusa blanca con los primeros botones desabrochados, dejando entrever un sujetador de encaje blanco.

—¿Estás solo? —preguntó.

—En realidad, ya me iba —repuso Pedro con desinterés, pues la mujer no encajaba en su canon y no la deseaba en su harén.

—¿Y qué haces aquí a estas horas? —insistió ella.

—Me apetecía dar un paseo. Me relaja antes de irme a dormir. Y ya ves, he terminado aquí sentado. Pero ya me iba a casa. No creo que tarden en cerrar el parque.

—Puedo irme contigo, si quieres —propuso la mujer.

¿De verdad estaba sucediendo? Pedro, que solo había ligado dos veces en su vida, parecía haberle gustado a aquella mujer. O tal vez se trataba de una prostituta. Había escuchado que, en ocasiones, se adentraban en el parque por la noche en busca de clientes. Esa fue una de las razones por las que el ayuntamiento decidió cerrarlo por las noches.

—¿Quieres venir a mi casa? —preguntó Pedro con incredulidad.

—¿Por qué no? Los dos somos mayorcitos. Tú eres un hombre y yo una mujer…

—Solo para que quede claro… no serás una…

—¿Puta? Pues claro, cariño. Pero por cincuenta euritos puedo hacer realidad todos tus sueños esta noche. La pregunta es: ¿En tu casa o en la mía?

Pedro sopesó la proposición durante unos instantes. Por un momento, se había hecho ilusiones de haber ligado. Tanto más daba: la llevaría a su casa y la encerraría en una jaula, como al resto. Pasaría a formar parte de su harén personal. «Se lo está buscando», pensó, justificándose a sí mismo. «Y quien la busca, la encuentra».

—En mi casa está bien —aceptó Pedro, sintiendo cómo le sobrevenía una erección.

—Me llamo Amanda —anunció la mujer.

—Yo soy Pedro. Y supongo que Amanda no es tu nombre verdadero.

—¿Eso qué más da? ¿Acaso importa Amanda o Amapola? Si no te gusta, para ti, esta noche puedo ser quien tú quieras. ¿Cómo te gustaría llamarme?

—Amanda está bien.

Abandonaron la Alameda de Cervantes y llegaron hasta el Renault 5.

—Vaya coche. No sabía que quedaban de estos en circulación —se sorprendió la mujer, al ver el vehículo, que de puro viejo solo tenía un espejo retrovisor al lado izquierdo—. O eres muy pobre o te gusta lo vintage. Espero que sea lo segundo, porque yo sin cobrar mi tarifa no me quedo, ya te aviso.

—No te preocupes por eso —gruñó Pedro.

—¿Fumas? —preguntó la mujer, cuyo verdadero nombre era Alba.

—No.

—¿Y te importa si yo…? —Pedro se encogió de hombros, por lo que Alba tomó su bolso y sacó un paquete de cigarrillos del que extrajo uno que prendió con la ayuda de un encendedor.

Al llegar al chalé, Pedro aparcó el coche en el garaje y llevó a Alba hasta el salón, donde ambos se acomodaron en el sofá.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció Pedro.

—¿Tienes ginebra? Tal vez un gin-tonic estaría bien.

—Joder con la puta, nos ha salido sibarita —soltó, sin pensar. Arrepentido por su brusquedad, trató de arreglarlo diciendo con suavidad—: Lo siento, solo tengo whisky.

—Al menos tendrás Coca-Cola, ¿no? No soporto el whisky solo. Espero que si vengo más veces, termines comprando ginebra para mí.

—¿En serio crees que voy a contratarte en más ocasiones?

—Cuando veas lo que soy capaz de hacerle a tu pequeño soldadito, guardarás mi número en favoritos con tres corazoncitos.

—Suena prometedor —reconoció Pedro—. Y sí, tengo Coca-Cola. Ahora mismo traigo las bebidas.

Pedro se fue hasta la cocina, donde preparó un whisky con Coca-Cola para Alba, en cuyo interior vertió el contenido de una capsula sedante y se preparó un vaso de whisky con hielo para él. «Whisky on the rocks», solía llamarlo.

—¿Y qué hacías en la alameda a esas horas? —preguntó la mujer al verlo regresar—. En cuanto te vi, perdido, como un perrito abandonado, pensé: a este lo adopto yo.

—Ya te lo he dicho. Me gusta dejar el coche en un lateral del parque, porque se aparca bien y se puede ir andando hasta el centro —repitió Pedro, dando un largo trago a su bebida—. ¿No vas a beberte el whisky? Si no te das prisa, se le va a ir el gas a la Coca-Cola.

—Tienes razón —reconoció Alba, mientras daba un buen sorbo a su bebida—. No te sientas raro por dedicar las noches a ver pasar a la gente en la alameda. Mucha gente lo hace, no te creas. Hay mucho friki suelto.

—¿Me estás llamando friki? —se ofendió Pedro.

El tiempo transcurrió despacio para ambos, como si el reloj se hubiera detenido, sin que nada llegase a suceder entre ellos más que una interminable conversación del todo intrascendente. «Parecemos dos enamorados, nerviosos en nuestra primera cita, sin que ninguno de los dos se atreva a dar el primer paso cuando, en realidad, ella es una prostituta que cobra por horas y ya debería de haberse abalanzado sobre mí», pensó Pedro, a quien aquella insulsa conversación le resultaba muy conveniente para esperar a que el sedante hiciera su efecto sobre la mujer.

Alba soltó un enorme bostezo. De pronto, se sentía muy cansada. Todo comenzó a dar vueltas a su alrededor y tuvo la impresión de que iba a perder la conciencia. Antes de que eso sucediera, miró la copa que sostenía entre sus dedos y preguntó:

—¿Qué me has echado?

Pero no tuvo tiempo de obtener una respuesta porque cayó dormida en el sofá.

Despertó tiritando de frío. Abrió los ojos, despacio, y se encontró a oscuras. Un fuerte hedor a excrementos inundó sus fosas nasales. Se palpó con las manos el cuerpo para descubrir que estaba desnuda. Intentó incorporarse, pero su cabeza se golpeó con la parte de arriba de la jaula que la encerraba. Recorrió con los dedos, uno a uno, los barrotes, tratando de calcular el espacio del que disponía y luego empezó a zarandearse de un lado a otro, tratando de volcarla, pero por muchos envites que pegó, esta no se meneó del suelo.

—Yo que tú no perdería el tiempo: las jaulas están atornilladas al suelo. Es imposible moverlas —explicó Cinthya.

—Debes estar preparada: va a venir a por ti —añadió Alicia sin dejarle tiempo para asimilar lo primero.

—¿Quiénes sois? ¿Por qué va a venir a por mí? —preguntó Alba, confundida.

—Ya habrá tiempo para presentaciones —explicó Alicia—. Lo que tienes que saber ahora es que esta noche tú eres la elegida. Te violará, satisfaciendo sus fantasías contigo.

Alba iba a responderle cuando la puerta se abrió y escuchó unos pasos que se aproximaban. Entonces, una tenue bombilla que pendía de un cable del techo se encendió y pudo ver que se encontraba en una habitación repleta de jaulas, y en cada una, encerrada, había una mujer desnuda: eran algunas de las mujeres desaparecidas en los últimos días. Frente a ella estaba

Pedro, que había cambiado su atuendo por una chilaba árabe. ¿De qué iba todo aquello? ¿Se trataba de un yihadista? ¿Alguien radicalizado, tal vez planeando atentar en la ciudad?

Pedro repitió su ritual: amordazó a Alba con cinta americana y la condujo hasta su habitación de juegos, decorada con una jaima. La tendió sobre el colchón y empezó a tocarle los pechos, duros, firmes, suaves, y masajeó sus pezones, mientras la mujer sollozaba, asqueada. Eran grandes por la forma de su aureola, algo que le gustó: ninguna de sus otras chicas los tenía así.

—Eres fea, ¿sabes? Pero tienes un cuerpazo de escándalo —reconoció Pedro.

Con su lengua, empezó a lamer el cuerpo de la mujer, comenzando en el cuello, recreándose en los senos y bajando hasta el monte de Venus. De pronto, se oyó un fuerte golpe y la puerta de la habitación se abrió, dejando paso a cuatro agentes de la Policía Nacional, equipados con chalecos antibalas y protecciones. En sus manos, portaban fusiles de asalto.

—¡Alto! ¡Al suelo! —gritaron.

Pedro obedeció, aterrorizado. Lo habían encontrado, pero ¿cómo era posible? ¡Si hasta se había deshecho de su coche, que era la única pista que tenían sobre él!

—¿Cómo me habéis encontrado? —preguntó, aún sin creérselo. Y aunque nadie le respondió, supo la respuesta al ver cómo liberaban a Alba y la trataban como a uno más de entre ellos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó uno de los policías. Era el inspector Moreno, lleno de remordimientos por haber enviado a una agente a tan peligrosa misión, más aún al verla en ese estado. «El fin no siempre justifica los medios: le hemos atrapado. Hemos salvado vidas. Tal vez decenas, pero la agente Alba va a quedar marcada de por vida», se lamentó.

—Ese cerdo ha estado a punto de violarme —explicó la mujer—. Si llegáis a tardar un poco más…

Una vez liberada, cubrió su cuerpo con el edredón y se acercó a Pedro, quien no era capaz de asimilar qué había sucedido aquella noche para arruinarlo todo.

—No soy ninguna prostituta, gilipollas. Soy la agente Alba Esteban y llevamos días siguiéndote por las desapariciones de mujeres. No hay demasiados Seat Ibiza blancos en Soria a nombre de un gordo asqueroso con antecedentes por violación. Reconozco que me hiciste dudar al ver que tenías un Renault 5 azul. Aun así, decidí seguir adelante. Lo que no

esperaba era que fueras a drogarme. Un error de principiante beber de la copa. Pero vas a pagar por todo lo que les hiciste a esas pobres mujeres. Te vas a pudrir en la cárcel.

—Nadie me siguió. Siempre me aseguro de eso. ¿Cómo supisteis dónde encontrarme? —insistió Pedro, obsesionado con descubrir cómo habían hallado su harén. ¡Si su plan no tenía ninguna fisura!

—Mi teléfono móvil lleva emitiendo mi posición toda la noche. No sé dónde lo has dejado, pero es posible que siga emitiendo.

—El móvil está apagado. Siempre los apago para impedir su geolocalización —insistió Pedro, abatido.

—Pero el móvil nos había mandado las coordenadas de tu casa antes de que lo apagaras —informó el inspector Moreno—. ¡Lleváoslo a comisaría!

—Antes debemos rescatar a las mujeres del sótano —pidió Alba—. Están desnudas y aterradas.

Minutos más tarde, cubiertas con las mantas que les habían proporcionado los agentes, aguardaban a que los servicios asistenciales las atendieran en una ambulancia estacionada en el jardín delantero. La puerta se abrió y salió Pedro, esposado y escoltado por dos policías. Al verlo, Alicia supo lo que debía hacer. Estaba convencida de que antes o después Pedro quedaría libre. Debía liberar al mundo de él o más mujeres resultarían dañadas en un futuro.

A la carrera, se abalanzó sobre uno de los policías, al que pilló por sorpresa, y agarró el arma del cinturón. Esta debería haber estado protegida por un fuerte corchete para evitar que pudiera ser sustraída o extraviada. Sin embargo, el policía llevaba tiempo quejándose en comisaría de lo blando que se había vuelto el cierre con el uso y lo fácil que resultaba su apertura sin que le proporcionaran una nueva. Esto permitió que Alicia pudiera hacerse con el arma cargada, con una bala en la recámara, dispuesta a salir en cuanto se quitara el seguro y se accionara el gatillo. Con la pistola sostenida con las dos manos, se plantó enfrente de Pedro.

—Eres un cerdo —le escupió—. Pero ya nunca más harás daño a nadie.

—Te lo agradezco. Prefiero morir a regresar a la cárcel. No quiero pasar mis días allí encerrado. No imaginas lo que les hacen a los violadores.

El inspector Moreno trató de disuadir a Alicia de que no lo hiciera, explicándole que al matarlo se convertiría en una asesina.

—No lo hagas. Dejemos que sea la justicia la que se encargue de él. Con suerte, le caerá la prisión permanente revisable y no volverá a pisar la calle nunca más —explicó, convencido de que el argumento bastaría. Pero nada le importaba ya a Alicia.

—¿Justicia? No hay justicia en esta mierda de país.

Quitó el seguro y disparó varias veces con el arma automática al cuerpo de Pedro, quien cayó tendido al suelo. Una tenue sonrisa de complacencia se dibujó en su rostro justo antes de que su corazón se detuviera para siempre.